

MEDITACIÓN LXVI.
**Retrato de un hombre que acaba
de morir.**

1.

*Acuérdate, ¡oh, hombre!, que eres polvo, y en
polvo te has de convertir. (183)*

Sí, considera, Hermano mío, que tierra eres, y en tierra lo has de convertir. Ahora ves, sientes, hablas, andas: llegará un día en que ni verás, ni sentirás, ni hablarás ni podrás dar un paso.

Cuando tu alma se separe de tu cuerpo, quedará éste en la tierra para pasto de gusanos y para reducirse a polvo, en tanto que tu alma entrará en aquella eternidad que hubiere merecido con sus obras.

* * *

Jesús mío, hasta ahora sólo he merecido con mi conducta vuestra desgracia y el infierno; pero Vos no queréis que me eche en brazos de la desesperación, sino que me arrepienta, os ame y espere.

2.

Imagínate ver una persona que acaba de expirar; contempla ese cadáver tendido todavía en el lecho,

(183) Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.
(Gen., III, 19.)

con la cabeza caída sobre el pecho, los cabellos desgreñados y bañados aún en el sudor de la muerte, hundidos los ojos, las mejillas desencajadas, el rostro de color de ceniza, la lengua y los labios de color de plomo, y todo él tan deforme y horrible que causa asco y horror a quien lo mira. He ahí, lector mío, en qué vendrá a parar un día ese cuerpo que ahora tanto regalas.

* * *

¡Ah, Dios mío! No quiero resistir más a vuestros llamamientos. Y ¿qué me queda de las satisfacciones que concedí a mi cuerpo, sino remordimientos de conciencia que sin cesar me desgarran el corazón? ¡Ojalá hubiese muerto antes de ofenderos!

3.

Mayor horror causa todavía el cadáver cuando comienza a descomponerse. No han pasado aún veinticuatro horas desde la muerte de este joven, y ya empieza a sentirse tal edor que hay que abrir las ventanas de su habitación y quemar incienso, por temor de que infeste toda la casa; y así, los parientes con toda presteza tratan de darle sepultura. Y si el cadáver ha sido el cuerpo de un noble, el haber sido regalado y tratado con delicadeza en vida sólo servirá para despedir un olor más fétido e intolerable.

Harto sabía yo, carísimo Redentor mío, que con aquel pecado traspasaba de pena vuestro corazón, y, con todo, lo cometí: por no perder aquella momentánea satisfacción, preferí perder el riquísimo, el inestimable, tesoro de vuestra gracia. A vuestros pies me arrojo lleno de pesar por ello: ¡ah!, perdonadme por los merecimientos de la Sangre preciosa que os dignasteis derramar por mí.

Recibidme, Señor de nuevo en vuestra gracia, y luego imponedme el castigo que fuereis servido; que yo los acepto todos, con tal que no me vea privado de vuestro amor. Os amo, ¡oh, Dios de mi corazón!, os amo más que a mí mismo: haced que os sea fiel hasta la muerte.

María, esperanza mía, interceded por mí.

MEDITACIÓN LXVII. **El cadáver en la tumba.**

1.

Considera ahora, Hermano mío, en qué vendrá a parar tu cuerpo, cuando sea arrojado a la lóbreguez del sepulcro. Comenzará por ponerse lívido, y, al cabo de algún tiempo, se tornará negro cubriéndose luego de una especie de vello o de moho blanquecino y asqueroso, que acabará por convertirse en una materia pútrida y hedionda, que se derramará por la

tierra y en que se engendrarán infinidad de gusanos que harán presa en la misma carne corrompida. A éstos se juntarán las ratas para cebarse en el cadáver, y unas correrán y rodarán sobre él y otras penetrarán en la boca y algunas llegarán hasta las entrañas. En esto vendrá a parar ese cuerpo por cuyo regalo y deleite no se habrá reparado en disgustar a Dios.

* * *

Señor, no quiero disgustaros; que hartos disgustos os tengo dados. Comunicadme la luz y la fuerza que he menester para hacer cara a las tentaciones.

2.

Luego se irán cayendo a pedazos las mejillas, los labios y los cabellos; se descarnarán primero las costillas y las espaldas, y tras ellas los brazos y las piernas. Cuando los gusanos hayan acabado de devorar todas las carnes, se devorarán los unos a los otros; y al fin sólo quedará del cuerpo un repugnante y hediondo esqueleto, el cual, a su vez, con el tiempo, se descompondrá y deshará por completo, separándose del tronco la cabeza y destrabándose unos de otros los huesos. Esto es el hombre considerado en lo que tiene de mortal.

* * *

Señor, tened piedad de mí. ¡Cuántos años ha que debiera estar abrasándome en la llamas del infierno! Yo, Dios mío, os abandoné; mas veo que Vos no me habéis abandonado. Por favor, perdonadme, y no permitáis que vuelva a separarme de Vos; y, cuando fuere tentado, haced que nunca deje de implorar vuestro soberano auxilio.

3.

Así, pues; aquel caballero proclamado por todos el encanto y el alma de las conversaciones, ¿dónde está? Entra en su morada: ya no está allí; llégate a su lecho: ya lo ocupa otro; sus vestidos, sus armas, se los han repartido, ya son todos de otros. Si quieres verlo, asómate a aquella hoya, y lo encontrarás convertido en montón horrible de podre, cuya vista espanta y el hedor que despide es intolerable.

¡Oh, felices mil veces, vosotros, santos del Cielo, que por amor de aquel Dios, a quien únicamente amasteis en vida, supisteis mortificar vuestro cuerpo: ahora son vuestros huesos venerados en los altares y vuestras almas hermosísimas contemplan a Dios cara a cara, esperando el día postrero, en que se unirán a vuestros cuerpos gloriosos, para que, así como fueron compañeros de las cruces y padecimientos del destierro, lo sean también de las dichas y gozos de la patria.

* * *

No me aflige, Señor, antes bien me alegra y regocija, el pensar que ha de corromperse y pudrirse esta mi carne por la que tanto os he ofendido: lo que me aflige y atormenta es el recuerdo de los disgustos que os he causado a Vos, Bondad infinita. Jesús mío, os amo y os digo con Santa Catalina de Génova: «No más pecar, Amor mío, no más pecar».

María, Madre de Dios, rogad por mí.

MEDITACIÓN LXVIII

Después de la muerte, todos se olvidará de nosotros.

1.

Muere un joven en la flor de la edad; y el que antes era tan deseado en las reuniones de sociedad y en todas partes acogido y agasajado, ahora ya muerto, es el horror y espanto de quien lo mira; y así, la familia se apresura a echarlo de casa y llama a portadores para que cuanto antes se lo lleven y lo entierren en la sepultura.

¡Desventurado, pues, el que por complacer a los parientes o a los amigos del mundo habrá renunciado a la gracia y posesión de Dios!

* * *

Carísimo Redentor mío, olvidense todos de mí, con tal que no os olvidéis Vos, que os habéis digna-

do dar la vida por salvarme. ¡Oh! Y ¡quién nunca os hubiera ofendido!

2.

Ayer pregonaba por doquier la fama de sus talentos, su gentileza, sus finos modales, su encanto en la conversación; hoy ha muerto, y bien pronto se desvanece y olvida su memoria. Al saberse la triste nueva de su muerte: -«Era, en verdad, un hombre muy considerado»- dicen unos. «¡Oh, qué desgracia! -exclaman otros- ¡Cuánto lo siento! ¡Era tan jovial, tan chistoso!»

Entristécese algunos y muestran sentimiento porque el difunto los divertía o les era de algún provecho; y por ventura no faltará quien se goce, porque su muerte le acrecienta la fortuna. De todos modos, a vuelta de poco tiempo, ya nadie hará mención de él; ni aun los parientes más cercanos querrán que se le nombre siquiera, por temor de que se les renueve el dolor. Por ello, en las visitas de pésame de todo se habla menos del finado; y si algún imprudente se atreve a hablar de él, atájanle al punto exclamando: ¡Por Dios, no pronuncies más su nombre!

Así acaba el cariño de los parientes y de los amigos del mundo.

* * *

Bástame, Dios mío, que Vos me améis; yo sólo a Vos quiero amar.

3.

Durante algunos días, andarán los parientes tristes e inconsolables; mas presto se consolarán por la parte que de la herencia les tocó; y en la misma sala y junto al mismo lecho en que expiraste y fué tu alma juzgada por jesucristo, se banqueteará, se jugará, se bailará, se chanceará y reirá como antes.

Y el alma, ¿dónde se hallará entonces?

* * *

Señor, dadme tiempo de llorar mis pasados extravíos, antes que vengáis a juzgarme. No quiero resistir más a vuestras amorosas voces; y ¡quién sabe si esta meditación no es el último llamamiento que me hace vuestra bondad? Confieso que he merecido el infierno, y aun tantos infiernos cuantos pecados mortales he cometido; pero Vos nunca despreciais a los pecadores arrepentidos. Mirad, Dios mío, que me arrepiento con toda mi alma de haber ultrajado y escarnecido vuestra infinita bondad por satisfacer y contentar los bajos instintos de los sentidos. Perdonadme, y junto con el perdón otorgadme la gracia de obedeceros y amaros hasta mi último suspiro.

¡Oh, María! Bajo vuestro manto me acojo en Vos confío.

MEDITACIÓN LXIX.
**Todos hemos de comparecer en
el valle de Josafat.**

1.

*Saldrán los Angeles, y separarán a los malos de
entre los justos. (184)*

¡Cual no sería la confusión y vergüenza de una persona, si hallándose en la iglesia en medio de un gran concurso, se viera ignominiosamente echada de ella, como excomulgada! Pues harto mayor será la confusión y angustia de los réprobos cuando en el día del Juicio se vean separados de la compañía de los Santos a vista de toda la humanidad resucitada.

Mientras dura la escena de este mundo, los malvados y los impíos, son honrados tanto y más que los buenos y los justos; pero aquel día grande y solemne sobre todos, en que tendrá fin esa escena o comedia, los escogidos serán puestos a la derecha y levantados en el aire, como para ir con los Angeles al encuentro del Señor que viene a coronarlos. *Seremos arrebatados* -escribe San Pablo- *juntamente con ellos* -los celestiales espíritus- *en*

(184) Exhibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum.
(Mt., XIII, 49.)

el aire sobre las nubes para salir al encuentro de Cristo. (185)

Por el contrario, los réprobos, rodeados de sus verdugos, los demonios, estarán acorralados a la izquierda, esperando al Divino juez, que públicamente va a fulminar contra ellos sentencia de condenación.

¡Oh, locos amadores del mundo, que ahora ridiculizáis a los Santos mofándoos de la vida que llevan, en el valle de Josafat os espero! Allí mudaréis de parecer; allí deploraréis vuestra locura, pero en balde, pues vuestra desgracia ya no tendrá remedio.

2.

¡Oh! ¡Con qué soberanos fulgores y celestial hermosura brillarán en aquel día los Santos que lo abandonaron todo por Dios! ¡Cuál no será la gloria de tantos jóvenes que, hollando las riquezas y deleites de este mundo, fueron a sepultarse vivos en un desierto o en un claustro, para ocuparse únicamente en el gran negocio de la salvación eterna! ¡Y la de tantos Mártires, víctimas un día de los escarnios y de la fiereza de los tiranos! Todos ellos tendrán la honra de ser declarados cortesanos del Divino Rey, Cristo.

Y, al contrario, ¡qué figura más horrenda no harán entonces un Herodes, un Pilatos, un Nerón, y

(185) Rapiemur cum illis in nubibus obviam Christo in aera. (I Thess., IV, 16.)

tantos otros que figuraron en el escenario del mundo, pero que acabaron la vida en desgracia de Dios!

* * *

Jesús mío, me abrazo con vuestra Cruz. ¡Qué riquezas, ni qué honores, ni qué mundo! A Vos sólo quiero, y nada más.

3.

Alma mía, ¿qué lugar te tocará en aquel día? ¿La derecha o la izquierda? Si quieres hallarte a la derecha, es preciso que desde ahora tomes el camino que a ella conduce; porque no es posible seguir ahora el camino de la izquierda y hallarse entonces a la derecha.

* * *

Oh, Cordero de Dios, que os dignasteis venir al mundo para perdonar los pecados, tened piedad de mí. Duélome de haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas: no permitáis que vuelva a ofenderos. No busco, no, bienes terrenos: dadme vuestra gracia y vuestro amor, y nada más os pido.

¡Oh, María! Vos sois mi refugio y mi esperanza.

MEDITACIÓN LXX.

Desatino de los que dicen: «Si voy al infierno, no estaré solo».

1.

¿Qué dices, insensato? ¿Que, si vas al infierno, no, no estarás solo? ¡Ah! ¡No estarás solo! Pero ¿qué? ¿Acaso la compañía de otros condenados será un alivio en el infierno?... No hay réprobo en el infierno que no deplore su desgracia y diga: ¡Oh! ¡Si al menos, ya que he de padecer por eternidades sin fin en esta sima de fuego, estuviera solo! Porque la compañía de tantos desdichados agravará la común desventura con ayes y aullidos espantables de desesperación. ¡Qué tormento es no poder conciliar el sueño por estar oyendo toda la noche los ladridos de un perro, o bien por cinco o seis horas el llanto de un niño! Pues ¿qué será el oír los clamores y alaridos de rabia de tantos desesperados, que mutuamente se atormentan con sus ayes y lamentos pavorosos, y no por una, ni por dos, ni por diez noches, sino por toda la eternidad?

2.

Un nuevo suplicio resultará para los condenados de esta compañía o hacinamiento en un mismo lugar: *el hedor insufrible* que despedirán tantos cuerpos amontonados unos sobre otros: *Exhalarán sus*

cadáveres -dice el profeta- *intolerable hedor*. (186)
Llámalos cadáveres, no porque estén muertos, pues viven los infelices y solo tienen vida para padecer, sino por el olor fétido que despedirán, como cadáveres en putrefacción.

Más aún: esta misma compañía de los condenados servirá para acrecentar las penas, pues mientras más réprobos, mayor será la estrechez; y así, estarán en aquel abismo como uvas prensadas en el lagar de la ira de Dios - según la expresión de San Juan: *El mismo pisa el lagar y exprime el vino de la ira inexorable de Dios*. (187)

De aquí resulta otro fierísimo suplicio: el de la inmovilidad; de modo que así como caiga el réprobo en el infierno el día del juicio final, de lado o boca arriba o con la cabeza abajo, así quedará clavado por siempre jamás en aquel mismo lugar, sin poder ya mover pie ni mano mientras Dios sea Dios.

3.

¡Oh, pecado maldito! Y ¡cómo puedes cegar hasta ese punto la razón de los hombres! Esos mismos pecadores, a quienes tiene tan sin cuidado su condenación, ¡qué diligentes no son para conservar sus bienes, sus puestos, su salud! ¿Por qué no dicen: Si

(186) De cadaveribus eorum ascendet fœtor. (*Is.*, XXXIV, 3.)

(187) Et Ipse calcat torcular vini furoris iræ Dei. (*Ap.*, XIX, 15.)

pierdo la hacienda, el empleo, la salud, no seré solo en perderlos? ¡Y luego, tratándose de su porvenir eterno, se atreven a decir: Si me condeno, no me faltará compañía! Y sin embargo, el que pierde los bienes terrenos y salva su alma, será compensado de todo cuanto hubiere perdido; mas el que pierde el alma, ¿qué compensación podrá tener de tanta pérdida? *Y ¿qué podrá dar el hombre -dijo Jesucristo- en cambio de su alma vida?* (188)

¡Ah, Dios mío! Iluminadme, y no me desamparéis. ¡Cuántas veces vendí mi alma al demonio y troqué vuestra gracia por un gustillo vil y pasajero! Pésame, Señor, de haber así deshonrado vuestra infinita majestad. Dios mío, os amo; no permitáis que vuelva a perderos.

¡Oh, María, Madre de Dios! Libradme del infierno, y, para ello, libradme del pecado.

MEDITACIÓN LXXI. **De la medida de las gracias.**

1.

El Señor tiene fijada cierta medida a las gracias que quiere dispensarnos: si llega a colmarse, ciérrase la puerta de la divina clemencia, quedando cortada

(188) Quam dabit homo commutationem pro anima sua? (*Mt.*, XVI, 26.)

la corriente de las gracias. Debemos, pues, temer mucho abusar de las gracias que la soberana largueza del Señor nos otorga, porque bien puede ser que cada gracia, cada inspiración, cada llamamiento, sea el último favor que la Divina Bondad tiene determinado concedernos; y, si no hacemos caso de él, estamos perdidos.

* * *

Dios mío, grandes sobre toda ponderación son las gracias que de vuestra liberalidad tengo recibidas, y grande también el abuso que de ellas he hecho; tened compasión de mí y no me abandonéis.

2.

Esta medida no es igual para todos: para unos es mayor, menor para otros. Trae a la memoria, Hermano mío, cuántas gracias has recibido de Dios; si prosigues abusando de ellas, ¿te salvarás? Pondera cómo cuanto más copiosas han sido las gracias que el Señor te ha otorgado, mayor motivo tienes de temer que te abandone en tu pecado, si no te resuelves a mudar de vida. ¿Quién sabe si, cometiendo otro pecado mortal, no se te cerrarán las puertas de la divina misericordia, y te condenarás? ¿Es esto por ventura imposible? No, por cierto; y tú harta razón tienes para temer que así sea. ¡Ay de ti, si no temes! Te compadezco.

* * *

No, Dios mío, no quiero perderos más. Siempre que el demonio me tienta, prometo recurrir luego a Vos, Jesús mío; pues bien seguro estoy de que sois fiel en socorrer al que implora vuestra ayuda.

3.

Cuanto mayores son las gracias, tanto mayor es la ingratitud del que abusa de ellas; y, por tanto, las que hubieres recibido, si bien te dan muy fundadas esperanzas de que el Señor te perdonará si te enmiendas y le eres fiel en lo venidero, son también un gran motivo para temer que te lance al infierno, si a tantas infidelidades añades otras nuevas.

* * *

Gracias, Dios mío, por no haberme aun abandonado: las luces que ahora me comunicáis, el dolor que siento de haberos disgustado, junto con el deseo que tengo de amaros y no perder más vuestra gracia, son claros indicios y prendas seguras de que aun no me habéis abandonado. Y ya que, no obstante tanto pecar, aun no me ha abandonado vuestra bondad, nunca más quiero separarme de Vos, ¡oh, Dios de mi alma!

Os amo sobre todas las cosas, Señor y Redentor mío, y, porque os amo, me arrepiento de haberos menospreciado. Pasión de Jesús, alcanzadme la santa perseverancia.

Reina mía, María, valedme con vuestra intercesión.

MEDITACIÓN LXXII.

Un Dios ha muerto por amor mío, y yo ¿no le amaré?

1.

Me amó, y Se entregó a Sí mismo por mí (189).

¿Cuándo se vió en el mundo que un amo muriese por amor de su criado, un rey por amor de un vasallo? Y sin embargo es cierto que mi Creador, el soberano Señor de Cielos y Tierra, el Hijo de Dios, ha querido morir por mí, vil e ingrata criatura suya.

«Para rescatar a un esclavo -dice San Bernardo-, el Hijo de Dios no se perdonó a Sí mismo. (190)» Para perdonarme a mí, no quiso perdonarse a Sí mismo, condenándose a morir acabado de dolores en una cruz.

* * *

Jesús mío, creo que habéis muerto por mí; pero ¿cómo, creyéndolo, he podido vivir tantos años sin amaros?

2.

Es más: Vos, adorable Redentor mío, no sólo habéis sacrificado vuestra vida por una criatura vil,

(189) Dilexit me, et tradidit Semetipsum pro me. (Gal., II, 20.)

(190) Ut servum redimeret, Sibi Filius ipse non pepercit. (Serm. de Pass. Dom.)

sino por una criatura ingrata y rebelde que infinitas veces os ha vuelto las espaldas y que no ha reparado en renunciar, en vuestra misma cara, a vuestra gracia y vuestro amor por no privarse de cualquier miserable gustillo. Vos me habéis prodigado tantas finezas y muestras del más acendrado cariño para ponerme en la dulce necesidad de amaros; y yo, con tantos pecados, he hecho todo lo posible para obligaros a odiarme y lanzarme al infierno. Así y todo, el amor que os ha llevado a morir por mí, ahora me da ánimo para esperar que no me desecharéis, si a Vos vuelvo.

Perdonadme, Jesus mío; pues reconozco lo mucho que os he ultrajado, como también la gravísima injuria que os haría amándoos poco. No: quiero amaros mucho, que hartó lo merecéis; no me neguéis vuestra ayuda.

3.

¡Carísimo Salvador mío! Y ¿qué más pudierais hacer para conquistaros mi corazón que morir por mí? ¿Ni qué mayor muestra de amor puede darse a un amigo que morir por su amor? Ya lo dijisteis Vos mismo: *Nadie tiene más grande amor que el que da la vida por los amigos.* (191)

(191) Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. (Jn., XV, 13.)

Vos, pues, ¡oh, Verbo Encarnado!, no podéis hacer más para granjearos mi amor, y yo ¿persistiré en mi ingratitud? ¡Ay! No; que ya se va acercando mi muerte, y por ventura está ya a mi lado, y no quiero morir tan ingrato y desamorado como hasta aquí he vivido.

¡Os amo, Jesús, Amor mío! Vos os habéis dado todo a mí, y yo me doy todo a Vos. Prendedme, estrechadme con las cadenas de vuestro amor, de suerte que viva siempre y muera enamorado de vuestra bondad.

¡Oh, Divina Madre, María! Guardadme bajo el manto de vuestra protección y haced que se abraze mi corazón en amor de aquel Dios que se dignó morir por amor mío.

MEDITACIÓN LXXIII.

Que debemos y trabajar, en la obra de nuestra salvación.

1.

El demonio trata de engañar a muchos diciéndoles que es por demás difícil salvarse, para que con esto desconfíen de poder lograrlo y se entreguen a una vida desordenada.- Ciertamente que aunque fuera menester para salvarse vivir en un desierto o enterrarse en un claustro, deberíamos hacerlo. Pero no son necesarios estos medios extraordinarios; bastan los ordinarios, como

son frecuentar los Sacramentos, evitar las ocasiones peligrosas, encomendarse a menudo a Dios. En la hora de la muerte veremos lo fácil que era todo esto: y, si no lo hubiéremos practicado, grandes serán entonces nuestros remordimientos.

2.

Fuerza es, por consiguiente, resolverse de una vez para siempre y decir: «Yo quiero a toda costa salvar mi alma». Piérdase todo, bienes, amigos, la vida misma, con tal que no se pierda el alma. Por más que hagamos para lograr la salvación eterna, nunca pensemos haber hecho demasiado, pues nos va en ello la eternidad, una dicha o una desventura sin fin. «No hay seguridad que baste - dice San Bernardo - donde corre peligro la eternidad». (192) Indudablemente, para evitar el infierno, ninguna precaución está de más.

* * *

¡Ah, Dios mío! Avergüenzome de parecer en vuestra presencia. ¡Cuántas veces por una nonada os he vuelto las espaldas! No, no quiero, Señor, perder de nuevo vuestra gracia, nunca más quiero ser enemigo vuestro. *En Ti, Señor, tengo cifradas mis esperanzas; no quede yo confundido para siem-*

(192) Nulla nimia securitas, ubi periclitatur æternitas.

pre. (193) Prefiero morir mil muertes antes que perder vuestra amistad.

Si en lo pasado hemos tenido la desgracia de perder el alma, es menester reparar la gravísima falta cometida, y juntamente mudar de vida. Ni vale decir: Más tarde lo haré; porque el infierno está lleno de almas que dijeron, esto mismo, pero de pronto se vieron salteadas por la muerte que les atajó los pasos dando al traste con todos sus cálculos. Señaladísima merced dispensaría a buen seguro el Señor a un moribundo si le concediera un año, o si quiera un mes de vida. Pues, Hermano mío, ¿no te ha concedido Dios a ti ese tiempo? Y tú ¿en qué lo empleas?

* * *

¿A qué espero, Dios mío? ¿Espero a que se haya acabado para mí el tiempo, y me halle sin haber hecho nada por vuestro amor y servicio? Consuélome al ver que todavía me asiste vuestra gracia. Os amo sobre todos los bienes, y antes que daros el menor disgusto prefiero perder la vida. «No más pecar, Amor mío - os diré con Santa Catalina de Génova - no más pecar». Pero Vos, que conocéis mi flaqueza y mis pasadas infidelidades, ayudadme: Jesús mío, en Vos confío.

(193) In Te, Domine, speravi; non confundar in æternum. (Ps. XXX, 2.)

MEDITACIÓN LXXIV.
**Que al morir lo hemos de
abandonar todo.**

1.

Bien saben los cristianos que han de morir; y, con todo, muchos viven de tal modo olvidados de la muerte, como si nunca hubiera de alcanzarles. Si después de esta vida no hubiera otra, ni existiera Cielo ni infierno, ¿pensarían algunos en la muerte menos de lo que al presente piensan? Si quieres, Hermano mío, llevar vida ajustada y agradable a Dios, procura en los días que aun te quedan, traer siempre a la memoria el pensamiento de la muerte. ¡Oh! Y ¡qué bien juzga de las cosas y gobierna todas sus acciones quien tiene siempre fija la mirada en el trance de la muerte! La memoria de la última hora no puede menos de arrancar de raíz todo apego a las cosas de este mundo, recordándonos que presto lo hemos de abandonar todo.

* * *

Dios mío, ya que me dais tiempo para reparar mis pesados extravíos, declaradme lo que de mí queréis; que estoy dispuesto a todo.

2.

Insigne sería la locura del viajero que, dirigiendo sus pasos hacia el solar bendito de la patria, se

empeñara en gastar todo su patrimonio en construirse un palacio en el país por donde pasa, en vez de hacerse con una buena morada allí donde ha de vivir el resto de sus días. Y ¿no será loco el que sólo piensa en regalar su carne y darse buena vida en este mundo, que ha de abandonar muy en breve, exponiéndose a ser inmensamente desgraciado en el otro, donde ha de vivir mientras Dios sea Dios?

* * *

¡Ay, desventurado de mí, si Vos, Dios mío me hubierais hecho morir cuando estaba en pecado! Os doy gracias por haberme soportado con tanta paciencia: no permitáis que vuelva a separarme de Vos. Dios mío, Soberano Bien mío, os amo sobre cualquier otro bien.

3.

La muerte nos despojará de todo: cuando llegue, tendremos que dejar todo cuanto en este mundo hubiéremos allegado, y sólo nos quedará un ataúd de madera y un vil andrajo, que en breve se pudrirán y convertirán en polvo junto con nuestro cuerpo. Dejaremos para siempre la casa que habitamos, y un lóbrego sepulcro será la morada de nuestro cuerpo hasta el día del juicio, en que irá al Cielo o al infierno, según donde se hubiere hallado antes el alma.

Así, pues, con la muerte todo se acabará para mí, y sólo me quedará lo poco que haya hecho por Dios. Mas, si ahora mismo debiera morir, ¿podría lisonjearme, Dios mío, de haber hecho algo por vuestro amor y servicio? Y ¿a qué aguardo? ¿Aguardo a que me sorprenda la muerte en el miserable estado en que me veo? No, no, Dios mío; que quiero mudar la vida. Detesto todas las ofensas que en lo pasado contra Vos he cometido, y en lo venidero estoy resuelto a no buscar ya mi gusto, sino el vuestro, ¡oh, Dios de mi alma! Os amo, Bondad infinita, os amo sobre todo otro bien; compadeceos de mí y socorredme.

Socorredme también Vos, ¡oh, Madre de Dios, María!, y rogad por mí.

MEDITACIÓN LXXV.

Piensa ahora como pensarías si hubieras ya muerto o estuvieses a punto de morir.

1.

Míralo todo, Hermano mío, como si tu cuerpo estuviera ya en el sepulcro y tu alma en la eternidad. Ahora, pues: fuera ya de este mundo, díme, ¿que no desearías haber hecho para la vida eterna? Pero ¿de qué te servirán entonces esos deseos, si no consagras-te al divino servicio los días de tu vida? Si quieres, pues, reparar los pasados extravíos, ahora que aun es

tiempo, baja a menudo con el pensamiento al fondo del sepulcro o imagínate estar tendido en el lecho de muerte a punto ya de expirar, con la candela en la mano, y al fulgor de ese cirio bendito mira y examina ,a los desórdenes de tu conciencia, llora tus culpas y demasías y pon luego remedio al mal que has hecho. Pronto, pronto; que no hay tiempo que perder.

* * *

Iluminadme, Dios mío, y dadme a conocer la senda que debo seguir; pues quiero obedeceros en todo.

2.

San Camilo de Lelis se asomaba con frecuencia a las tumbas y decíase a sí mismo: «Si estos muertos resucitasen, ¿qué no harían para hacerse santos? Y yo que tengo tiempo, ¿qué es lo que hago por Dios?» Y de esta manera se enfervorizaba el Santo excitándose a una más estrecha unión con Dios. Aprende también tú, Hermano mío, a aprovechar este espacio de tiempo que te da el Señor por su misericordia. No más dilaciones; que en vano pedirás tiempo para poner en cobro la salvación de tu alma cuando hayas traspasado los umbrales de la eternidad, o cuando, a punto ya de entrar en ella, lo digan: «Sal de este mundo, (194) » pronto, pronto,

(194) Proficiscere..., de hoc mundo.

a salir de este mundo; que ya no es tiempo de trabajar: lo hecho, hecho está.

* * *

¡Ah, Jesús mío! Acordaos que yo soy aquella oveja tan querida de vuestro corazón, por la que derramasteis vuestra Sangre. «Te rogamos, pues, ¡oh, Señor ! -os diré con la Santa Iglesia- que am pares a tus siervos que has redimido con tu preciosa Sangre». (195) Y por ello dignaos comunicarme las luces y la fuerza que necesito para hacer lo que en la hora de la muerte desearía haber hecho.

3.

Dios eterno, yo temo ser aquella infructuosa higuera de la que dijisteis: «Ya van tres años que vengo a ver este árbol y no hallo en él fruto: ¿para qué, pues, ha de ocupar terreno en balde? cortadlo y echadlo al fuego. (196)» Bien merecido tengo, ¡oh, Señor mío!, oír de vuestros labios esta sentencia; pues, al cabo de tantos años como he vivido en este mundo, ¿qué bien he obrado? ¿Qué frutos he dado, sino los amarguísimos del pecado? ¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace merecí ser cortado y lanzado al fuego eterno!

(195) Te ergo quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti (*Hymn. Ambros.*)

(196) *Lc.*, XIII, 7.

Dulcísimo Redentor mío, dignaos esperarme aún; que no quiero ser obstinado, no quiero que me coja la muerte en el estado en que al presente me hallo. Detesto y maldigo los días en que os ofendí. Hago inquebrantable propósito de consagrar todo el resto de mi vida a amaros y honraros. Os amo, sumo Bien mío: prestadme vuestra soberana ayuda.

Y Vos, ¡oh, María esperanza mía!, cubridme con el manto de vuestra protección.

MEDITACIÓN LXXVI.

Examen de los pecados en el Juicio final.

1.

He aquí que se abren los cielos; bajan todos los Ángeles y Santos, como asesores del juicio; tras ellos viene la Reina del Cielo, María Santísima, y, por último, el Eterno Juez, sentado en trono de luz y majestad.

La vista de Jesucristo inundará de gozo a los elegidos; pero la mirada llena de indignación que lanzará Jesucristo sobre los réprobos les causará a éstos más tormento y confusión que el mismo infierno. Entonces se cumplirá lo que está escrito en el Apocalipsis: que los condenados pedirán a los montes que caigan sobre ellos y los escondan a la vista del Soberano Juez airado. *Decían a los montes y peñascos: Caed sobre nosotros y escondednos de*

Aquel, que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero. (197) Preferirían los desventurados que los aplastaran los montes antes que ver encendido en ira e indignación el rostro del Cordero, esto es, del Redentor, que mientras vivieron se hubo con ellos cual mansísimo cordero sufriendo en silencio las ofensas sin cuento que le hacían.

¡Oh, mi Divino Juez, Jesús! Duélome de haberos ultrajado. Perdonadme y haced que no os vea enojado cuando vengáis a juzgarme.

2.

Sentóse para juzgar -dice el profeta Daniel,- y se abrieron los libros. (198)

Entonces no será ya tiempo de ocultar los pecados: el mismo Jesucristo, que en aquel día será Juez, los ha presenciado todos y los pondrá de manifiesto ante el mundo entero. *El Señor -escribe San Pablo- sacará a plena luz aún lo escondido en las tinieblas.* (199) El Soberano Juez hará públicos en aquel momento delante de todos los hombres los crímenes más secretos, las impurezas más vergonzosas, las más horrendas maldades.

(197) Dicunt montibus et petris: Cadite super nos, et abscondite nos a facie sedentis super thronum et ab ira Agni. (*Ap.*, VI, 16.)

(198) Judicium sedit, et libri aperti sunt. (*Dan.*, VII, 10.)

(199) Illuminabit abscondita tenebrarum. (*I Cor.*, IV, 5.)

* * *

¡Ah, Redentor mío! Vos que ya conocéis todas mis iniquidades, tened piedad de mí, ahora que aun es tiempo de piedad y clemencia.

3.

En suma, en aquel día Jesucristo se dará a conocer por lo que es, soberano Señor de cuanto existe: *Se reconocerá que el Señor hace justicia.* (200)

Ahora se hace más caso de un gustillo, de un humo de vanidad, de un arrebato de cólera, que del mismo Dios. Por eso, muy justamente dirá entonces el Divino Juez al pecador: *¿A quién Me habéis asemejado? ¿A quién Me habéis igualado a Mí, que soy el Santo?* (201) *¿Con quién me pusiste en parangón, y a quién Me opusiste? ¿Conque, a tus ojos, aquel ruín deleite, aquel antojo, valía más que mi gracia? - ¡Ah! Y ¿qué responderemos a estas reconvenciones? ¡Ay! Que entonces la misma confusión nos sellará los labios. Mas respondamos ahora y digamos:*

* * *

Jesús mío, sé que un día seréis mi Juez, pero ahora sois mi Salvador: acordaos que habéis muerto por

(200) Cognoscetur Dominus, judicia faciens. (Ps. IX, 17.)

(201) Cui assimilastis Me, et adæquastis, dicit Sanctus? (Is., XL, 25.)

salvarme; duélome de todo corazón de haberos menospreciado, ¡oh Soberano Bien mío! Pero, si en lo pasado os ultrajé de esta suerte, mirad que al presente os estimo y os amo más que a mí mismo, y estoy pronto a morir por vuestro amor. Perdonadme, Jesús mío, y no permitáis que me vea de nuevo privado de vuestro amor.

¡Oh, poderosísima Abogada de los pecadores, María! Ayudadme ahora que podéis hacerlo.

MEDITACIÓN LXXVII. **Cuánto ama Dios a las almas.**

1.

¿No merece llamarse excesivo el amor que tiene Dios a las almas? Ámalas desde toda la eternidad, como lo declara El mismo por el profeta: *Te amé -dice- con perpetuo amor.* (202) Por manera que Dios, desde que es Dios, ama a cada una de las almas que están en el mundo. Más: todas las criaturas salidas de sus omnipotentes manos, las ha hecho con la mira puesta en la salvación de las almas. *Todo -escribe el Apóstol- se ordena al bien de los elegidos.* (203) Como última prenda y fineza de predilección, envió a la Tierra a su Unigénito para que,

(202) In caritate perpetua dilexi te. (*Jer.*, XXXI, 3.)

(203) Omnia propter electos. (*II Tim.*, II, 10).

revestido de la humana naturaleza, muriese en una cruz salvando así las almas.

* * *

Así, pues, Vos, Dios mío, me habéis amado desde toda la eternidad, Vos habéis llevado el amor hasta el extremo de morir por mí; ¡ah!, y ¿cómo, tras esto, he tenido cara para disgustaros tanto?

2.

Ved ahí, pues, que el Hijo excelso de Dios, a impulsos del amor en que por las almas se abrasa su corazón, desciende de lo alto de los Cielos para librarlas de la muerte eterna sacrificando El mismo su vida divina; y después de haberlas rescatado con su Sangre, convida a los Angeles a que le den albricias regocijándose con El por haber hallado la ovejuela perdida: *Dadme el parabién* -les dice- *porque he hallado mi oveja, que se había descarriado.* (204)

* * *

¡Conque Vos, amado Redentor mío, os dignasteis venir a buscarme, y yo, en lo que llevo de vida, he andado huyendo de Vos! No, Jesús mío, no quiero ya huír de Vos. Os amo; por favor, unidme estre-

(204) Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat. (Lc., XV, 6.)

chamente a Vos con los lazos de vuestro santo amor, y que así unido tenga la dicha de vivir y morir.

3.

Por la salvación de mi alma dió el Eterno Padre su Divino Hijo, y el Hijo de Dios llegó a dar su sangre y su vida; y yo ¡qué de veces robé a Dios esa alma vendiéndosela al demonio por una nonada!

* * *

En fin, ¡oh, Dios mío!, Vos nada habéis dejado de hacer para que yo no me perdiera; y yo, en cambio, por vilísimas satisfacciones, no he tenido reparo en perder infinitas veces vuestra amistad. Me habéis sufrido hasta aquí con tanta paciencia, para que tenga tiempo de llorar los sinsabores que os he causado, y de amaros, ¡oh, Dios de mi alma! ¡Ah! Sí, os amó, único Bien mío, y tengo sumo pesar de haberos ofendido. ¡Ah! No permitáis que me vea de nuevo privado de vuestro amor. Traedme siempre a la memoria cuánto habéis hecho para salvarme y lo mucho que me habéis amado, a fin de que por ningún caso deje nunca de amaros, mi tesoro, mi vida, mi todo. Dadme que os ame siempre, y luego disponed de mí como fuereis servido.

¡Oh, Madre de Dios, María! Vuestro Divino Hijo no sabe negaros cosa alguna; recomendadle pues, mi alma.

MEDITACIÓN LXXVIII.

Remordimientos del condenado.

1.

Tres son los remordimientos más crueles que atenazarán el corazón del réprobo en el infierno.

El primero será *pensar que se ha perdido por unas bagatelas* ¿Cuánto duran los goces del pecado? Unos momentos. Pues, si al que está para morir toda la vida, por larga que haya sido, le parece un instante, ¿qué le parecerán al réprobo aquellos cincuenta o sesenta años que habrá pasado en el mundo, cuando, hundido en el abismo de la eternidad, verá clarísimamente, al cabo de cien y mil millones de años y de siglos, que su eternidad está aún en el primer punto? ¿Conque -rugirá entonces el malaventurado- conque por unos instantes de emponzoñados placeres, que apenas gustados se desvanecieron como el humo, tendré que gemir en este horno de fuego, sin esperanza alguna y abandonado de todos por siempre jamás, mientras Dios sea Dios?...

* * *

¡Ah, Dios mío! Os doy gracias por haberme librado de tamaña desventura; apiadaos de mí.

2.

El segundo remordimiento que torturará al condenado será *considerar lo poco que hubiera tenido que*

hacer para salvarse, y que con todo no lo hizo, y que el yerro cometido es ya de todo punto irreparable. Si hubiera continuado confesándome a menudo y haciendo oración -se dirá a sí mismo el desventurado réprobo- si hubiera restituído aquellos bienes mal adquiridos, perdonado a aquel enemigo, evitado aquella ocasión peligrosa, no me habría condenado... ¿Qué me costaba hacerlo? Y aunque me hubiera costado mucho, ¿no debía atropellar por todo a trueque de salvarme? Pero no lo hice, y por eso me he condenado para siempre. ¡Cuántas luces e inspiraciones me dió el Señor! ¡Cuántas veces llamó amorosamente a mi corazón previniéndome que, si no me enmendaba, me condenaría! Entonces podía aún remediar el mal hecho: ahora ya no hay remedio, es demasiado tarde...

¡Ah! Más que el fuego y los otros tormentos del infierno, despedazará el corazón del réprobo este pensamiento: ¡Yo podía ser siempre feliz, y heme aquí ahora para siempre desgraciado!

* * *

Jesús mío, aun es tiempo de que me perdonéis: ¡ah!, perdonadme presto. Os amo, Soberano Bien mío, y me arrepiento de haberos menospreciado.

3.

Por ultimo, el remordimiento que más fieramente desgarrará el corazón del condenado será *considerar*

el gran bien que únicamente por su culpa ha perdido. Verá que Dios había puesto en su mano cuantos medios podía desear para conseguir la gloria eterna del Cielo, que El mismo murió para obtenerle la salvación, que le hizo nacer en el seno de la Iglesia, que, en fin, le prodigó gracias sin cuento; y, por otro lado, verá que por culpa suya todo fué inútil, y, entre alaridos de desesperación, se dirá el infeliz: Perdido estoy sin remedio, y de nada me valen ya ni los méritos de Jesucristo, ni la intercesión de la Madre de Dios, ni las oraciones de los Santos: cerrada está para mí toda puerta de esperanza.

* * *

¡Ojalá, Dios mío, hubiese muerto antes de haberos ofendido! ¡Oh, Señor, a quien tan villanamente he ultrajado! Dignaos recibirme en vuestra gracia; os amo y quiero amaros siempre.

¡Oh, Abogada de los pecadores, María! Intercede por mí.

MEDITACIÓN LXXIX. **Jesús, Rey de amor.**

1.

Al contemplar San Fulgencio a Jesús Niño huyendo a Egipto para librarse de las manos de Herodes que le buscaba para quitarle la vida, por temor de que le

arrebatare la corona, exclama enternecido: «¿Por qué, ¡oh, Herodes!, por qué así te conturbas? El que acaba de nacer no ha venido a avasallar a los reyes con el poder de las armas, sino a sojuzgarlos por admirable manera con su afrentosa muerte (205)»

Herodes -dice el Santo- ¿por qué temes? Has de saber que este Rey de los Cielos no ha venido a conquistarnos con las armas, sino con el corazón, con el amor; no ha venido a darnos muerte, sino a salvarnos de ella muriendo por nosotros.

Con harta razón, pues, ha de llamarse Jesús Rey, pero Rey de amor.

* * *

¡Ojalá os hubiera amado siempre, Jesús, Rey mío!
¡Ojalá nunca os hubiera ofendido! Treinta y tres años de penas y sudores pasasteis Vos para no verme perdido; y yo, por un deleite momentáneo, no reparé en perderos a Vos, sumo Bien mío. Perdonadme, Padre mío; dadme el beso de paz.

Ingratos judíos, decidme: ¿por qué no queréis por vuestro Rey a este tan amable y que tanto os ama? *No tenemos otro rey que el César* (206) - clamáis enfurecidos. Pero ese César ni os ama, ni en manera alguna

(205) Quid est quod sio turbaris, Herodes? Rex iste qui natus est, non venit reges pugnando superare, sed moriendo subjugare. (*Serm. de Epiph. et Innoc. nece.*)

(206) Non habemus regem, nisi Cæsarem. (*Jn., XIX, 15.*)

quiere morir por vosotros; al paso que este Divino Rey, que es verdaderamente vuestro Rey, ha bajado del Cielo a la Tierra para morir por amor vuestro.

* * *

¡Dulcísimo Salvador mío! Si los demás se niegan a alzaros por su Rey, yo no quiero a otro que a Vos. Tú eres mi Rey. (207) Yo sé que Vos solo me amáis, que Vos solo me habéis redimido derramando toda vuestra Sangre: ¿dónde pues, podré hallar quien me haya amado más que Vos? Muy de veras siento haberme negado también yo en lo pasado a reconoceros por mi Rey, haberme rebelado contra Vos y haberos perdido el respeto. Perdonadme, ¡oh, Jesús, Rey mío!, ya que habéis muerto para perdonarme.

3.

A este fin Cristo murió y resucitó -dice el Apóstol- para enseñorearse de vivos y muertos (208).

¡Amado Rey mío, carísimo Jesús! Puesto que vinisteis al Mundo para conquistar nuestros corazones, yo, aunque hasta aquí he resistido a vuestras amorosas voces, tengo firme propósito de no resistir más en lo venidero. No os desdeñéis de aceptar-

(207) Rex meus es Tu.

(208) In hoc enim Christus mortuus est et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. (Rom., XIV, 9.)

me ahora que me consagro a Vos por entero. Tomad, Rey mío, tomad hoy posesión de mi voluntad y de todo mi ser, y haced Vos mismo que os guarde siempre fidelidad; que si un día os hubiese de hacer traición, deseo que en este mismo instante me quitéis la vida, Rey mío, Amor mío y mi único Bien.

¡Oh, María, Madre de mi Rey y mi augusta Reina! Alcanzadme la fidelidad que acabo de prometer a vuestro Santísimo Hijo.

MEDITACIÓN LXXX.

Muerte desgraciada del pecador.

1.

¡Pobre enfermo! Miradlo: y ¡qué agobiado de dolores está! ¡Ay! Está ya a punto de morir: un sudor frío baña todo su cuerpo, le falta la respiración, cae en continuos delirios y desvanecimientos, y, cuando vuelve en sí, tiene tan debilitada la cabeza que apenas oye, casi no entiende, y con dificultad puede articular una palabra. Pero lo peor es que a más andar se le avecina la muerte, y en vez de pensar en la cuenta que dentro de pocos momentos ha de dar al Soberano juez, sólo piensa en médicos y en remedios que puedan sacarle de aquel paso. Y los que cercan su lecho, en lugar de exhortar al moribundo a reconciliarse con Dios, le engañan asegurándole que va mejor, o callan para no asustarle.

* * *

¡Ah, Dios mío! Libradme de muerte tan desastrosa.

2.

Por fin, el sacerdote avisa al paciente que se acerca la muerte, y le dice: «Hermano mío, tu enfermedad es mortal; ha llegado el momento de dar un eterno adiós a las cosas del mundo y de unírte con Dios recibiendo los Sacramentos». A tan triste nueva, ¡qué deshecha tormenta se desencadenará sobre el infeliz pecador! ¡Qué turbación y sobresalto! ¡Qué tristeza! ¡Qué inquietudes de conciencia! En aquellos momentos de suprema angustia desfilarán en tropel ante sus ojos todos los pecados cometidos, las luces e inspiraciones del Cielo menospreciadas, las promesas y resoluciones no cumplidas, tantos años perdidos...; y el desgraciado abrirá entonces los ojos y comprenderá las verdades eternas, de que tan poco caso hizo en vida. ¡Cielo santo! Y ¡qué terror le causarán entonces los solos nombres de desgracia de Dios, de muerte, de juicio, de infierno, de eternidad!

* * *

Jesús mío, ¡misericordia! ¡perdón! No me abandonéis; que ya veo el gran mal que hice menospreciándoos, y por ello quisiera morir de dolor. Ayudadme, Dios mío, y ayudadme pronto a mudar de vida.

3.

«¡Oh! Y ¡qué insensato he sido -exclamará entonces el moribundo anegado en un mar de aflicciones-! ¡Oh, vida mía perdida! Hubiera podido santificarme, y no lo hice; y ahora ¿qué puedo hacer en el estado en que me hallo? Me encuentro con la cabeza debilitada, los dolores y angustias me oprimen y combaten de todas partes, ya no puedo pensar seriamente en hacer un acto bueno. ¡Ay! ¿Qué será de mí dentro de breves instantes?»

Querría el infeliz tener tiempo para ajustar las cuentas de su conciencia antes de franquear los umbrales de la eternidad; pero el tiempo ya se acabó. «¡Ay de mí! -dirá entonces- Este sudor frío que corre por mi frente, señal es de mi próxima muerte; ya empiezo a perder la vista; ya me va faltando la respiración; ya no acierto a hablar ni puedo moverme... Y en medio de tantas zozobras, vacilaciones y terrores, sepárase el alma del cuerpo y comparece en el Tribunal de Jesucristo.

* * *

Jesús mío, vuestra muerte es mi esperanza os amo sobre todos los bienes; y, por que os amo, me arrepiento de haberos ofendido. María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN LXXXI.

Muerte feliz de los Santos.

1.

La muerte, para los Santos, es premio, no castigo; y por eso, lejos de temerla, ardientemente la desean. ¿Ni cómo pudiera inspirarles temor, si para ellos la muerte es término de los trabajos, de los combates y de los peligros de perder a Dios? Aquel *Proficiscere*, «sal de este mundo, alma cristiana (209)» que tanto amedrenta a los pecadores, llena de inefable júbilo a las almas que aman a Dios. No es para ellas causa de aflicción el tener que dejar los bienes de este mundo, porque Dios fué su único bien; ni tener que dejar los honores, porque los menospreciaron y tuvieron debajo de los pies mirándolos como lo que realmente son: humo y nada; ni tener que dejar a los amigos y parientes, porque los han amado sólomente en Dios y para Dios.

Y así el grito que durante toda su vida no se cansaban de repetir: «Dios mío y mi todo» (210) lo repetirán con mayor consuelo y ternura en aquel supremo trance, cuando vean que se llega el feliz momento en que les será dado contemplar cara a cara la claridad del rostro de Dios y amar a ese amabilísimo Dios en las alturas de la Gloria.

(209) *Proficiscere, anima Christiana, de hoc mundo.*

(210) *Deus meus et omnia.* (Sctus. Franc. Assis.)

2.

Ni siquiera los dolores que trae consigo la muerte son para el alma del justo causa de aflicción y tormento, antes se complace en ellos teniéndose por dichosa de poder ofrecer a Dios el soplo de vida que aun le queda como última prueba de su amor y de unir estas sus agonías y congojas con las de Jesucristo crucificado.

El sólo pensamiento de que presto se verá libre de tantos peligros como hay en esta vida, de pecar y perder a Dios la colmará de alegría.

Bien es verdad que no dejará el Infierno de tentarla inspirándole temores, trayéndole a la memoria sus pasados extravíos y demasías; mas el pensar que los lloró amargamente largos años y que amó a Jesucristo con toda la ternura de su corazón la llenará de consuelo y confianza.

* * *

¡Ah, Jesús mío! ¡Qué bueno y fiel sois con el alma que os busca y os ama!

3.

Así como los pecadores impenitentes comienzan a experimentar, ya en el lecho de la muerte, ciertos dolores de infierno, con los remordimientos, terrores y desesperación que les desgarran el alma, así los justos, por el contrario, gustan ya en su agonía unos como sabores celestiales; pues los multiplicados actos de con-

fianza y de amor de Dios, los encendidos deseos de ir a gozar sin velos de su soberana presencia en la Patria bienaventurada, no son sino el comienzo de aquella alegría de que se verán luego colmados en el Cielo. Y ¡cuál no será su consuelo y su dicha al llevarles el Santo Viático! Al ver entrar en su habitación al Señor Sacramentado, exclamarán con San Felipe Neri: «!Aquí está mi amor, aquí está mi amor!»

* * *

Yo, empero, Dios mío, yo que os he ofendido tanto, os diré con San Bernardo: «Vuestras Llagas son mis méritos (211)». Sí, vuestras sagradas Llagas son mi esperanza. ¡Ah, Dios mío! Si estoy en vuestra gracia, como confío, enviadme pronto la muerte, para que vaya pronto a veros cara a cara y a amaros seguro de no poder ya perderos nunca.

María, Madre mía, alcanzadme una santa muerte.

MEDITACIÓN LXXXII.

Hemos de pensar ahora como si ya nos hallásemos en el trance de la muerte.

1.

Si me hallase yo ahora en el trance de la muerte; en las convulsiones y el estertor de la agonía, a punto ya de

(211) Vulnera tua, merita mea.

expirar y comparecer en el Tribunal Divino, ¿qué no quisiera haber hecho por amor y servicio de Dios? Y ¿qué no daría a trueque de lograr un poco más de tiempo para poner mejor en cobro mi eterna salvación?... ¡Desventurado de mí, si no aprovecho estas luces, y no cambio de vida! *Lamará contra mí el tiempo* -dice el Profeta. El tiempo, que ahora me concede la Divina Misericordia, depondrá contra mí causándome fierísima pena y remordimiento en la hora de la muerte, cuando ya el tiempo estará a punto de acabarse para mí.

* * *

¡Ay, Jesús mío! Vos empleasteis toda vuestra vida en procurar mi salvación; y yo tantos años ha que vivo en el mundo, y ¿qué obras de vuestro servicio he hecho hasta aquí? ¡Ah! Que todas mis acciones he de confesar que son para mí causa de pesar y remordimientos de conciencia.

2.

¡Ea! alma mía, Dios aún te da tiempo, resuélvete, pues: ¿en qué quieres emplearlo?... ¿A qué aguardas? ¿Aguardas a ver tus extravíos, al pálido fulgor del cirio bendito, cuando ya no pueda haber remedio? ¿Aguardas a oír aquel *Proficiscere*: «sal de este mundo», que luego al punto se cumplirá?

(212) Vocabit adversum me tempus. (Thr., I, 15.)

* * *

No quiero, Dios mío, abusar más de las luces que os dignáis comunicarme; que harto he abusado en lo pasado. Gracias, Señor, por este nuevo aviso, que bien pudiera ser el último que de vuestra bondad reciba. Estas nuevas luces son claro indicio de que aún no me habéis abandonado y queréis usar conmigo de misericordia.

Amadísimo Señor mío, tengo sumo pesar de haber hollado veces sin cuento vuestra gracia y desdénado vuestras inspiraciones. Para lo porvenir, prometo, con vuestra ayuda, no volver a ofenderos.

3.

¡Ay! ¡Cuántos cristianos mueren con gran incertidumbre acerca de su eterna salvación y atormentados con el pensamiento de que tuvieron tiempo de servir a Dios, mas no lo hicieron hasta aquellos postreros momentos, en que ven no ser ya tiempo de hacer bien alguno! Comprenden entonces los desventurados que ya sólo les queda tiempo de rendir cuentas, sí, de dar cuenta a Dios de tantas buenas inspiraciones como tuvieron, y no saben que le responderán.

* * *

Señor, yo no quiero morir presa de tales angustias y zozobras. Decidme lo que de mí queréis; manifestadme el tenor de vida que es de vuestro

agrado; pues en todo quiero obedeceros. En lo pasado, no hice cuenta para nada de vuestros mandamientos; pero ahora me arrepiento con todo mi corazón, y os amo sobre todas las cosas.

¡Oh, María, refugio de pecadores! Recomendad mi alma a vuestro Divino Hijo.

MEDITACIÓN LXXXIII.

Temeridad del que ofende a Dios con pecado mortal.

1.

Dios no puede dejar de aborrecer el pecado mortal, puesto que el pecado mortal es de todo en todo opuesto a su divina voluntad, como lo dice San Bernardo: «El pecado hace cuanto puede para destruir la voluntad divina». (213) Pues, así como no puede Dios menos de odiar el pecado, así tampoco puede menos de odiar al pecador, que se abraza con el pecado para luchar de poder a poder contra Dios. *A Dios -dice el Sabio- le son igualmente aborresibles el impío y su impiedad.* (214) ¡Qué temeridad, pues, la del pecador! ¡Pecar sabiendo que con su pecado se atrae el odio de Dios!

(213) Peccatum est destructivum divinæ voluntatis.

(214) Similiter autem odio sunt Deo impius et impietas ejus.
(Sap., XIV, 9.)

¡Misericordia, Dios mío, misericordia! Vos me habéis favorecido con singularísimas gracias, y yo he correspondido a esas muestras de predilección con tales injurias, que nadie os ha ofendido tanto como yo. Concededme, os suplico, un vivo dolor de mis pecados.

2.

Dios es aquel Señor omnipotente, que con un solo acto de su voluntad sacó todas las cosas de la nada. *Habló Dios* -dice el Salmo- *y todo fué hecho* (215); y el que con otro solo acto puede, cuando quiera, destruirlo y aniquilarlo todo. *Con una mirada puede trastornar al mundo entero.* (216) Y contra este Dios todopoderoso tiene la osadía de alzarse en armas el pecador y declararse enemigo suyo. *Contra Dios alzó su mano* -dice Job- *y se creyó bastante fuerte contra el Todopoderoso.* (217) ¿Qué dirías de una hormiguilla que quisiera medir sus fuerzas con las de un soldado?

Pues, ¡oh, Dios eterno!, ¿qué se habrá de pensar de mí, que tantas veces tuve el descaro de negaros

(215) Quoniam Ipse dixit, et facta sunt. (*Ps.* XXXII, 9.)

(216) Potest... et universum mundum uno nutu delere. (*Mach.*, VIII, 18.)

(217) Tedendit enim adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est. (*Job*, XV, 25.)

la obediencia, sin hacer el menor caso de vuestro poder soberano, y sabiendo que atraía sobre mí vuestro enojo e indignación? Vuestra Pasión, empero, y vuestra muerte, ¡oh, Dios mío!, me da esperanza de alcanzar el perdón, ya que habéis muerto cabalmente para perdomarme.

Sube aún de punto la temeridad del pecador, si se considera que ofende a la Majestad Divina en su misma presencia a cara descubierta, como lo dice el Señor mismo por el Profeta: *Cara a cara me está continuamente provocando a enojo.* (218) ¿Qué vasallo tendría la osadía de infringir la ley a la vista del Soberano? Pues el pecador sabe que Dios le está mirando, y con todo no se detiene, sino que peca desvergonzadamente en su presencia, haciéndole testigo de su mismo pecado.

* * *

¡Ah, carísimo Salvador mío! Ved aquí a vuestros pies al temerario, que llevó su atrevimiento hasta menospreciar vuestros santos mandamientos en vuestra misma cara: soy, pues, un pecador perdido, que merece el infierno; pero Vos sois mi Salvador, que habéis venido para borrar los pecados y salvar a los que se habían perdido, como os dignásteis declararlo Vos

(218) Ad iracundiam provocat Me ante faciem meam semper.
(Is., LXV, 3.)

mismo diciendo: *Vino el Hijo del Hombre a buscar y salvar lo que había perecido.* (219)

¡Ay, Señor y Redentor mío! ¡Cuánto me pesa de haberos ofendido! Vos me habéis colmado de finezas de amor, y yo he correspondido a ellas colmándoos de amarguras. Poned fin a mis pecados, Jesús mío, y llenadme de vuestro amor. Os amo, Amabilidad infinita, y me estremezco de espanto al pensar que aún puedo verme privado de vuestro amor. No lo permitáis, Amor mío; quitadme antes la vida.

¡Oh, María! Vos alcanzáis de Dios cuanto pedís; alcanzadme, pues, la santa perseverancia.

MEDITACIÓN LXXXIV. **Parábola del Hijo Pródigo.**

1.

Leemos en el Evangelio de San Lucas (220) que cansado este *Hijo* ingrato de vivir sometido a la autoridad de su padre, un día llegóse a él pidiéndole la parte de herencia que le tocaba, para vivir a su antojo, y así que la obtuvo le volvió las espaldas y se fué a lejanas tierras para soltar la rienda a sus vicios y pasiones.

Este *Hijo* mal aconsejado es figura del pecador, que, abusando de la libertad que el Señor le ha dado,

(219) Venit enim Filius hominis quærere et saluum facere quod perierat. (*Lc.*, X, 10.)

(220) *Lc.*, XV, 11.

se aleja de Él, para vivir en el pecado lejos de este su Padre Celestial.

* * *

¡Ah, Señor mío y Padre mío! Este *pródigo* soy yo, que por seguir mis gustos y caprichos, os he vuelto infinitas veces las espaldas viviendo alejado de Vos y privado de vuestra gracia.

2.

Después de haber abandonado la casa paterna, el *Hijo Pródigo* vino a tanta miseria que ni siquiera le era permitido saciar su hambre comiendo las bellotas de que se hartaban los animales inmundos que guardaba: no de otra suerte el pecador, después de haber abandonado a Dios, no puede ya hallar paz; porque todos los placeres terrenos no pueden contentar el corazón de quien vive lejos de Dios.

Viéndose el pródigo reducido a tanta miseria, hablando consigo mismo exclamó: *Me levantaré e iré a mi padre.* (221) Haz tú así también, alma mía, arráncate, álzate del lodazal de tus vicios y vuélvete a tu Divino Padre, que ciertamente no te desechará.

* * *

Sí, Dios mío y Padre mío, confieso que hice mal dejándoos: duélome de ello con todo mi corazón; ¡ah!

(221) Surgam, et ibo ad patrem meum.

no me rechacéis ahora que vuelvo a vuestros pies lleno de pesar y firmemente resuelto a no alejarme ya nunca más de Vos. Amadísimo Padre mío, perdonadme y dadme el beso de paz recibíendome en vuestra gracia.

3.

Por último, el *Hijo Pródigo*, ya en presencia de su padre, arrojándose a sus pies, le dijo con la mayor humildad: *Padre, no soy digno de llamarme hijo tuyo*. (222) El padre le abrazó con ternura y, olvidado de su pasada ingratitud, le recibió con amor y henchido de júbilo por haber hallado al hijo perdido.

* * *

¡Oh, Padre mío dulcísimo! Permitid que yo también con el corazón rasgado de dolor y sentimiento por los disgustos que os he dado, me llegue enternecido a vuestros pies y os diga: Padre mío, no soy digno de llamarme hijo vuestro habiéndoos abandonado y menospreciado tantas veces; pero sé que tengo que habérmelas con un Padre tan bueno que no sabe desecharlo al hijo que sinceramente se arrepiente. Si en lo pasado no os amé, ahora os amo sobre todas las cosas y estoy dispuesto a sufrir por amor vuestro cualquier trabajo, por penoso que sea. Asistidme con vuestra gracia, para que os sea siempre fiel.

(222) Pater..., jam non sum dignus vocari filius tuus.

¡Oh, María! Dios es mi Padre y Vos sois mi Madre. Pues, ¡oh, Madre mía!, no os olvidéis de mí.

MEDITACIÓN L XXXV. **Daños que causa la tibieza.**

1.

Grandes por todo extremo son los daños que causa la tibieza en aquellas almas que, si bien temen caer en pecado mortal, tienen muy poca cuenta con los pecados veniales, aún deliberados, ni tratan de enmendarse de ellos. El Señor amenaza a los tibios con arrojarlos de su corazón. *Porque eres tibio* -dice en el Apocalipsis- *estoy para vomitarte de mi boca* (223). El vómito significa el abandono final, pues lo que se vomita no se vuelve a tomar. El alma tibia deshonra a Dios, pues declara que Dios no merece ser servido con más diligencia y cuidado.

* * *

Sí, Dios mío, esto es verdad; y de esta manera os he deshonorado yo en mi vida pasada, mas ya quiero mudar de vida: prestadme vuestra ayuda.

2.

Santa Teresa no cometió nunca pecado mortal, como se lee en la Bula de su Canonización; pero le fué indi-

(223) Quia tepidus es..., incipiam lo evomere. (*Apoc.*, III, 16.)